

he causado, escándalo que deploro con todo mi corazón, y á cuya reparacion consagraré en lo de adelante todos mis esfuerzos.

“Recibid, señor Redactor, mis respetuosos saludos.

“LEO TAXIL.”

“(Gabriel Jogand Pagés.)”

En vista de esta pública manifestacion de mis nuevos sentimientos, el *Grupo Garibaldi*, de la Liga Anti-clerical, convocó con urgencia á sus miembros, para una solemne reunion cuyo objeto era el siguiente:

“Expulsion del ciudadano Leo Taxil.”

El secretario del grupo me envió una carta convocatoria. Las personas á quienes la enseñé, me dijeron:

—No vayáis á la reunion. Vuestros antiguos colegas estarán furiosos. Os exponeis á que os suceda una desgracia.

—Estoy convocado, y por consiguiente, iré. Además, conozco á mis antiguos compañeros. La mayor parte son obreros, extraviados como yo lo he estado, pero honrados. No les tengo miedo. No son capaces de abusar de su número contra un hombre solo; no los creo *cobardes*.

—Pero se introducirán masones en la reunion, y habrá mucha gente. Bastará una chispa para

poner fuego á las pasiones de una multitud de antemano irritada. Á lo ménos, permitid que os acompañen algunos amigos.

—No, iré solo; estoy casi seguro que los masones se deslizarán en la reunion. Si fuera acompañado dirian á los coligados que iba á insultarlos, y entonces podría verificarse un conflicto. Solo, estaré más seguro. Me presenté, pues, el lunes 27 de Julio, en la reunion de la Liga. Me armé de un revólver, para defenderme en el caso en que mi vida se hallara en peligro.

Tenía lugar la sesion en un vasto local situado en los sótanos del café de Francia, en la esquina de la calle Turbigio y de la del Templo. La sala estaba llena, noté que varios masones extranjeros á la Liga se habian mezclado en la reunion. En el momento de mi llegada estaban en plena sesion. Ocupaba la presidencia M. M*** antiguo administrador de la *République Radicale*, acompañado del Tesorero central de la Liga y del secretario del *Grupo Diderot*.

El presidente pronunciaba un discurso.

Parece que la opinion general era que yo no iria, porque mi entrada produjo verdadera estupefaccion.

—¡Cómo! ¡Atreverse á venir aqui! gritaban todos.

—¡Qué audacia!

—¡Está loco! decían algunos.
Aquello era un tumulto indescriptible.

Enojado el presidente de verse así interrumpido en medio de uno de sus más elocuentes períodos, agitaba la campanilla. Finalmente, aunque á duras penas se restableció el silencio, M. M.*** me apostrofó entonces con grandísima violencia.

—¡Cómo! ¿y sois tan infame que os atreveis á insultar á aquellos que se disponen á expulsaros? Es preciso que no tengais nada en el vientre (textual). ¡Sin embargo, no estais loco! Jamás habeis creído en la Religion, ni un solo minuto de vuestra existencia, ni creereis en ella nunca. ¡Sois un comediante y un cobarde! ¡Cómo! ¡despues de haber formado diez y siete mil afiliados, despues de haber creado el gran movimiento anti-clerical, renegais de todo esto! No teneis derecho á obrar de este modo. ¡Es un crimen! ¡Sois un traidor! ¡Valiera más que hubiérais matado á todos estos hombres que están aquí presentes, antes que hacerles traicion de esta manera! ¡Tambien vos teneis cargo de almas! ¡Ah! ¡no nos engañais con vuestra abjuracion! La verdad es que el Vaticano os ha pagado muy caro, y si no habeis todavía recibido el precio de vuestra traicion, pronto lo recibireis. ¡Probadnos que no os habeis vendido.

Quise contestar, y la presidencia me negó la palabra.

—No hay nada de comun entre vos y nosotros, exclamó el presidente: ¡sois un cobarde al haber venido aquí!

—¡Oh! repuse yo, si no queriais verme, ¿para qué me habeis conyocado?

—No, no; no queremos oiros.

Ruido.

—Unos son de parecer que debo retirarme, y otros, que era preciso oirme.

Un voto de la asamblea me dió la palabra.

—No vengo, dije, á presentar excusas. La expulsion que vais á pronunciar, la he pedido yo mismo. Si he respondido á vuestra convocatoria, es porque quiero declararos que no os abandono por traicion, como vuestro presidente, sin conocer el asunto, lo declara. Un general que hace traicion, es aquel que entrega su ejército al enemigo; un traidor es tambien el agente secreto que espia á sus compatriotas y se hace pagar su espionaje. Pues bien, preciso es que lo sepais, ni he sido entre vosotros un espía, ni os he entregado á vuestros adversarios. Si he estado mucho tiempo en vuestra compañía, es porque durante largo tiempo he creído que la verdad se encontraba en la causa anti-clerical. Reconozco que me he engañado, me parece que tengo este derecho; pero

al dejaros, de ningun modo os comprometo. Nadie de vosotros tendrá que quejarse de mi vuelta con los amigos de mi infancia. Esto es lo que he venido á declararos. Decid que reniego de la bandera del libre-pensamiento, si, ¡es la verdad! pero que os hago traicion, ¡eso no!

Iba á añadir algunas consideraciones acerca de la amistad inalterable que me unia aún á las personas de los coligados—pues la divergencia de opiniones no excluye el afecto que une á los individuos.—Cuando el presidente, fuera de sí, me interrumpió.

—¡Esto es ya demasiado! grita. ¡La insolencia de este miserable no conoce límites! ¡La asamblea se deshonorra con oírle!

Y á esto agrega que no me dejará continuar, ó que perderá su nombre.

Un coligado dice que aquello es la insolencia.

—¡Que hable! dice. ¡Que diga todo lo que quiera! Veremos luego cómo se han de apreciar sus explicaciones.

La presidencia protesta.

—¡M. Leo Taxil, se burla de todos nosotros? grita el presidente. ¡Tanto peor para aquellos que aceptan sus desafíos al sentido comun! Pero le retiro la palabra, y no abrirá la boca en este recinto. ¡Que se calle, y nos libre cuánto ántes de su presencia!

Ruido.

—¡Que hable!

—¡Que no hable!

Algunos puños se levantan amenazando.

—¡Id á Lourdes! chilló una voz.

—Aquí no se trata de Lourdes, contesté yo, y sí de la libertad que vosotros violais no queriendo oírme.

—¡Que lo lleven á Charenton! gritó otro.

—¡No, no estoy loco! grité yo tambien. Ya lo vereis un día, si ahora no me comprendéis.

Y en medio del tumulto, dominaban estos gritos:

—¡Que hable!—¡Que no hable!

El presidente y sus asesores presentaron sus dimisiones, como miembros del tribunal. La asamblea les reemplazó con tres coligados, que fueron de parecer que yo hablara.

Yo estaba muy conmovido. Muchos de los que me injuriaban eran aún mis amigos algunos días ántes. Tenia yo el corazon partido de dolor, pues me apenaba romper con aquellas pobres gentes, que en su mayoría eran buenos padres de familia; me maldecia á mí mismo por haberles engañado, y sufría reconociéndome en gran parte, la causa de su ceguedad.

Con los ojos preñados de lágrimas les expresé mi eterno reconocimiento porque no creyeron en

las calumnias masónicas que atacaban mi honradez.

—Entonces, ¿por qué renegais de nosotros? contestaban.

—No reniego de vosotros, como amigos; más no puedo hacer causa comun con vosotros, como coligados, puesto que estoy convencido que por largo tiempo, ¡ay! he caminado por los falsos caminos del error. Por lo que toca á vosotros, si es verdad que mi retractacion pública os obliga á arrojarme de vuestra Sociedad, la experiencia os probará, por el contrario, que soy un hombre incapaz de haceros daño alguno, y espero que un día llegará, en que muchos de los que están aquí presentes, me apretarán la mano como amigos, sino como partidarios de las mismas ideas.

—¡Nó! ¡nó! ¡Marchaos!

Uno de los miembros de la Comision central dió entonces lectura á mi carta á *L'Univers* y añadió:

¡Antes que escribir esta carta, ciudadano Taxil, debiérais haberos levantado la tapa de los sesos!

Sigue una explicacion entre uno de mis colaboradores y algunos de los circunstantes. Reprochan á mi colaborador no haber dado aviso á la Liga, luego que comprendió el cambio de mis ideas. Este contesta que no siendo coligado no tenía que mezclarse más que en lo del periódico, y que des-

pues de mi dimision de redactor principal, la *République Anti-Cléricale* continuaba siendo fiel á su programa.

Taxil, repuso, estaba unido á mi con los lazos de antigua amistad. No me correspondía venir aquí á explicaros su último artículo, vosotros debiérais haber comprendido el sentido de su retirada. Pero sabed que su mujer y yo le hemos hecho miles de reflexiones, y todo lo que aquí podeis haberle dicho no es nada en comparacion de lo que nosotros le decimos desde hace dos meses.

Y así era la verdad, mi mujer y mis colaboradores, desde el dia que supieron que estaba yo dispuesto á retractarme públicamente, me agobiaron con sus reproches; y tuve que sostener en mi casa verdaderos asaltos. Me veía continuamente expuesto á las recriminaciones de mi querida esposa, loca de cólera: yo no sé cómo pude resistir á sus constantes súplicas. La confidencia, relativa á las tormentas de mi hogar, no calmó á los coligados, furiosos contra mí é incapaces de tener un sentimiento de justicia hácia aquella que estaba con ellos de todo corazón.

—¡Su mujer, contestaron luego que mi colaborador hubo terminado de hablar, su mujer está de acuerdo con él, está haciendo la comedia, con más habilidad aún que su marido!

Ved aquí como fué recompensada su obstinación en permanecer anti-clerical.

La sesión tocaba á su fin.

Se desbordó entonces un confuso torrente de todos los chismes inventados acerca de mi conversión. Estaban seguros, decían, de que me confesaba regularmente; la mujer de un coligado había dicho, en la Librería de la calle de las Escuelas, que me habían visto comulgar el domingo anterior; según algunos, no había interrumpido nunca mis prácticas religiosas, y había engañado por espacio de diez y siete años al librepensamiento. En una palabra, yo era un instrumento de los jesuitas; era un juego mío, y mi anticlericalismo no había tenido nunca más objeto que mi conversión.

Se comprenderá que yo los dejaba hablar.

Por fin, el presidente hizo votar por unanimidad la siguiente orden del día:

“Considerando que el llamado Gabriel Jogand Pagés, sedicente Léo Taxil, fundador que fué de la Liga Anti-Clerical, há renegado de todos los principios que ántes había defendido, ha hecho traición al librepensamiento y á todos sus correligionarios: los coligados presentes en la reunión del 27 de Julio de 1885, sin detenerse en los móviles que han dictado tan infame conducta, lo ex-

pulsan de la Liga Anti-clerical como á traidor y renegado.”

—¡Reniego del librepensamiento, dije, pero no he hecho ni haré traición á nadie!

Y me marché tranquilamente, como había ido, en medio de las bociferaciones del tumulto y de algunas amenazas. Después de mi expulsión recibí gran número de cartas de los coligados. Muchos decían tenerme compasión. Tres ó cuatro me injuriaban. Una señora librepensadora, no afiliada á la Liga, pero que siempre se interesó en mi lucha contra la Religión, escribía á mi mujer indicándole un tratamiento que debía hacerme seguir; pues, según ella, evidentemente estaba loco: ponía su casa de campo á mi disposición para que pudiese tener un reposo absoluto.

Por otra parte, recibí una carta de felicitación del secretario de la *Union Anti-Cléricale*, grupo del librepensamiento de Tolon. Había abierto los ojos algun tiempo ántes que yo.

Era un hombre muy tolerante. Hallándose su mujer enferma de peligro, quiso ésta recibir los últimos Sacramentos, y mandó venir á un sacerdote.

La pobre difunta fué luego enterrada con las ceremonias de la Iglesia.

Esta conducta tan correcta le valió amargos reproches por parte de los coligados toloneses,

quienes hubieran querido que el marido libre-pensador impidiese á su mujer morir en su Religión.

El secretario de la *Union Anti-Clericale* presentó, despues de estos hechos, su dimision; la intolerancia de sus colegas le habia abierto los ojos. Hoy es un convertido sincero, un católico lleno de celo; su conversion á Dios ha sido de las más ardientes. Al dia siguiente de la famosa sesion, en la cual tuve que habérmelas con mis antiguos compañeros de impiedad, recibí la visita de uno de los principales redactores del *Catholic Times*, de Londres, quien despues de haber conversado largo tiempo conmigo, me propuso presentarme á Mons. di Rende, Nuncio de la Santa Sede en Paris.

Acepté con gratitud, creyéndome demasiado honrado con ser recibido, yo, un indigno, por el representante del Soberano Pontífice.

Monseñor di Rende estuvo lleno de bondad para conmigo. Con exquisita dulzura me hizo preguntas acerca de mi infancia: lo que más le interesaba era saber en qué condiciones me habia separado de la Iglesia; queria darse cuenta de la causa determinante de mi apostasia. Yo no le oculté nada. Cuando le conté mi reclusion en Mettray, no pudo ménos de exclamar:

—¡Pobre jóven! ¡pobre jóven! ¡Ah! no era eso

lo que os hacia falta, lo comprendo, un régimen de rigor. A lo ménos aprovechaos de vuestra experiencia, y puesto que vuestra conversion irrita á las personas que os tocan más de cerca, sed para con ellas mejor que nunca.

Expuse á Mons. di Rende mis proyectos.

—¿Qué pensais hacer? me preguntó.

—Mi hogar se ha convertido en centro de la más violenta discordia; estoy completamente desesperado. Nos separamos mi mujer y yo, en los mejores términos. Por lo que á mi me concierne, tengo intención de desaparecer. Iré á terminar mi triste vida en algun convento para orar y hacer penitencia hasta mi muerte. Uno de mis amigos de Lyon se ocupa en este momento en buscarme un retiro entre los cartujos.

El Nuncio me disuadió de este proyecto.

No os dejéis arrastrar, me dijo, por un movimiento inconsiderado que acaso os pesaría más tarde. Creo que unos ejercicios os serian útiles ahora, pero unos ejercicios cortos, de cuatro ó cinco dias á lo más; el tiempo preciso para que la paz entre en vuestra alma. No es conveniente que, dado el estado de vuestro espíritu, tomeis una resolucion definitiva. Además, no tenéis derecho á separaros de vuestra pequeña familia: sois vos quien ha llevado la impiedad á vuestro hogar: soportándola hoy hareis verda-

dera penitencia. ¿Y por qué, Dios, que ha usado con vos de misericordia, no abrirá también un día los ojos á aquellos que tanto amais, como os los ha abierto á vos? Orad, orad, sed bueno, caritativo, paciente; amad á vuestra familia de todo corazón; vuestra esposa y vuestros hijos acabarán por comprender que la Iglesia no les ha arrebatado ni una partícula de vuestro amor, y con la gracia de Dios esta prueba, que al fin es merecida, no durará siempre.

Di las más expresivas gracias á Mons. de Rendé por tan consoladoras palabras, y me postré á sus piés.

—¡Monseñor, le dije, que la Santa Sede reciba, en vuestra persona, la expresión de mi sincero arrepentimiento por lo pasado, y el homenaje de mi sumisión respetuosa y sin reserva para lo presente y lo porvenir!

Me bendijo su Eminencia y me levantó en seguida.

—Ahora, amigo mío, dijo, abracémonos como padre é hijo.

Y me arrojé á sus brazos.

De este modo fui absuelto de las censuras eclesiásticas pronunciadas contra mí.

El 31 de Agosto entré, por cuatro días, en una casa de ejercicios religiosos, situada en las cercanías de París. Deseaba con ansia ser admitido

en el tribunal de la penitencia, pues el 24 de Abril no había podido confesarme, por hallarme en un caso reservado.

Verdad es que mis antiguos colegas pretendían saber que me confesaba y comulgaba, hacia ya algunos meses. Desgraciadamente no era así, y los librepensadores habían, una vez más, hablado de lo que ignoraban completamente.

Fui admitido en el confesonario el 1.º de Setiembre. Pasé tres días en la meditación y el recogimiento, y el 4 de Setiembre, el reverendo Padre C***, con plenos poderes, me dió la absolución.

Sin embargo, mi querida esposa, cada vez más irritada, quiso separarse de mí. Yo la horrorizaba, decía, y hablaba lo mismo que pensaba.

Tuve que resignarme á tan cruel separación, la cual por fortuna no debía ser muy larga.

No se rompió, por una divergencia de opiniones, una unión de diez años.

El 12 de Noviembre, mi mujer, después de varias entrevistas, consintió en volver á nuestra común existencia, y convenimos en que viviríamos en una recíproca tolerancia.

Pero me faltaba hacer una piadosa peregrinación.

Deseaba ver á mi buena y santa madrina, cu-

yo sacrificio y oraciones son ciertamente una de las causas de mi conversion.

Fuí, pues, á Lyon, donde encontré á mi querido padre, quien con este motivo habia llegado de Marsella, no obstante sus muchos años. Y el 15 de Noviembre tuve la inefable alegría de renovar mi primera comunión, en la capillita del convento de Nuestra Señora de la Reparación, en el barrio de san Ireneo, muy cerca de Fourvières.

Al día siguiente fuí á Mongré, morada bendita de mi infancia, y por favor providencial encontré allí, tambien de paso, al excelente P. Samuel, el mismo que veinte años ántes me habia preparado á recibir por vez primera á mi Criador.

El 18 era un hecho mi vuelta al hogar conyugal.

Por lo que toca á la Librería de la calle de las Escuelas, mi esposa en fuerza de las circunstancias tuvo que abandonarla, no obstante las esperanzas lisonjeras de que estaba animada.

Al principiar el año de 1885, la situacion de la casa de edicion anti-clerical era la siguiente:

El activo (material, mercancías, fondos en caja y propiedades literarias) se elevaba á 600,000 pesetas. El pasivo (cuentas de los proveedores y deudas corrientes) se elevaba á 75,000 pesetas. La ci-

fra de negocios variaba entre 25,000 á 30,000 francos al mes.

He querido presentar estas cifras para contestar una calumnia republicana. Con efecto, ciertos periodistas librepensadores, no pudiendo comprender mi conversion, y obligados á confesar que no estaba loco, escribieron, en la época de mi retractacion pública, que "volvía á la Iglesia porque el anti-clericalismo ya no me producía."

Como la librería de la calle de las Escuelas tuvo que cerrarse en Diciembre de 1885, sus clichés fueron fundidos y sus mercancías vendidas al peso: importaba probar que mi conversion no siguió, sino por el contrario precedió ocho meses á la liquidacion.

Mi dimision (27 de Abril) de miembro del libre-pensamiento y de redactor principal de la *République Anti-Cléricale*, y mi propósito de no escribir en adelante libro alguno contra la religion, dió el golpe de gracia á la casa editorial de que hablamos, y mi retractacion pública la mató por completo.

Luego han mentido diciendo que la ruina de la Librería Anti-Clerical fué lo que me hizo volver á ser cristiano. El 23 de Abril tenía aquella casa un magnífico porvenir comercial.

Y aquellos que, por el contrario, han insinua-

do que al convertirme me retiraba despues de haber hecho fortuna, tambien han mentido.

La verdad es que salí de la calle de las Escuelas sin poseer otra cosa que algunos libros y mi ropa, y que mi mujer, víctima de una situación de que no era causa y por la cual se iritaba, tuvo que abandonar hasta su último céntimo á los liquidadores de la librería.

Finalmente, algunas personas se han admirado de que esa casa editorial cayese de aquella manera, sin encontrar compradores. Hé aquí la razon:

No faltaron solicitantes: pero aquellos que se presentaron exigian la autorizacion para reeditar mis obras anti-clericales, que formaban la parte más importante del negocio.

Pero en conciencia, ¿podía yo conceder semejante autorizacion? Y, ¿no debía como lo he hecho, oponerme á toda reimpression de mis malditas obras, ya retractadas, cualesquiera que fuesen las consecuecias de mi denegacion?

Dejemos ya estas explicaciones. Que los republicanos y librepensadores se imaginen que de un modo ó de otro me ha guiado el vil interés, poco me importa. Ellos, que incrédulos, no ven en todo más que la mentira, ¿cómo podrían ver una conversion sino es bajo el punto de vista material?

Tengamos compasion de esos pobres ciegos. No

pueden comprender las suaves alegrías de una conciencia que ha encontrado la paz.

Y que los católicos, cuya fé sabe apreciar los esplendores de la divina misericordia, unan sus oraciones á las mias para pedir á Dios me conceda la gracia de la perseverancia.

Que rueguen por las personas que más amo en este mundo. Que rueguen por los desgraciados á quienes mis perversos escritos han engañado y alejado de la religion.

Paris, 25 de Diciembre de 1886.